

Mika y el estanque espejo

Inspirado en Stephen Covey

Escrito por Sundeep Parmar





LITTLE KEYS TO THE UNIVERSE

Mika y el estanque espejo



Inspirado en Stephen Covey
Escrito por Sundeep Parmar

DEDICADO A

Ria & Mia



Grandes lecciones. Pequeñas historias.



...

El universo guarda muchos secretos, esperando ser desbloqueados por quienes tienen la llave correcta. La llave de esta noche nos lleva a una jungla llena de risas, colores y una silenciosa confusión. Esta historia está inspirada por Stephen Covey, un sabio líder que nos recordaba: “Busca primero entender, luego ser entendido.” A veces, creemos una historia sobre lo que alguien hizo o dijo—pero solo la vemos con nuestros propios ojos. ¿Y si hiciéramos una pausa, solo por un momento, para ver el mundo con los ojos del otro? En una jungla verde y animada, donde las lianas se mecían y los loros cantaban desde los árboles, vivía una joven monita llamada Mika. Mika estaba llena de energía, ideas ingeniosas y una chispa que hacía que sus amigos rieran y suspiraran al mismo tiempo. Su mejor amigo era Kato el Camaleón. Habían jugado juntos desde pequeños—construyendo fuertes de hojas, corriendo por las ramas y compartiendo frutas junto al río.



...

Pero últimamente, algo se sentía distinto. Esa mañana, Mika había llegado saltando a la rama de Kato con un nuevo chiste y una idea para un juego. No podía esperar para contarle. Pero cuando aterrizó, Kato ya estaba sentado con otros dos animales—Naya la Lora y Finn la Rana Arborícola—riendo de algo que ella no entendía. Mika saludó con la mano. Pero Kato no respondió. “¡Hey! ¡Tengo una idea para un nuevo juego!” chirrió Mika, con la cola agitada de emoción.



...

Kato la miró por un segundo, luego volvió la mirada hacia los otros. “Tal vez después,” murmuró. Y entonces... siguieron riendo. El corazón de Mika se hundió. Se alejó balanceándose sin decir nada más, fingiendo que no le importaba. Pero sí le importaba.



...

Todo el día, Mika estuvo inquieta. Sus pensamientos giraban como una tormenta. Kato ya no quiere ser mi amigo. Le gustan más Naya y Finn. Ni siquiera se rió con mi idea. Tal vez soy molesta. Tal vez nunca le caí bien de verdad. Cuanto más pensaba, más pesado se sentía—como cargar una mochila llena de piedras. Esa noche, sin poder dormir, Mika se adentró más en la jungla que nunca. Las lianas eran más silenciosas allí, los árboles más separados. Cerca de un manantial, la luz de la luna danzaba sobre una laguna tranquila.



...

Una voz suave rompió el silencio. “Has traído contigo una historia pesada,” dijo alguien cerca. Sobresaltada, Mika miró. Una vieja pangolín estaba sentada junto al manantial, su voz era calmada y baja. “¿Qué historia?” preguntó Mika.



...

“La de tu mente,” respondió la pangolín. “Sobre lo que pasó. Sobre por qué alguien hizo lo que hizo. Todos cargamos historias así. Pero no siempre son verdaderas.” Señaló la laguna. “Ven. Esta es la Laguna Espejo. No solo muestra lo que pasó—sino cómo se sintió desde ambos lados.” Mika dudó, luego se acercó. La superficie brilló, y de repente vio el momento de esa mañana—pero ahora, desde arriba.



...

Allí estaba ella, entrando con emoción. Allí estaba Kato, sentado con los otros. Pero ahora notó algo distinto: sus ojos se veían cansados. Jugaba con su cola. Su sonrisa no llegaba a los ojos. “Ahora,” dijo la pangolín, “mira otra vez.” El agua se onduló, luego cambió. Esta vez, Mika vio la jungla a través de los ojos de Kato. Los colores eran intensos. El ruido se sentía agudo. Muchas voces. Demasiados rostros.



...

Cuando Mika apareció—brillante y saltarina—no era que Kato no la quisiera. Era que ya se sentía lleno, como un cuenco sin más espacio. No intentaba dejarla fuera. Simplemente no sabía cómo manejar más. El pecho de Mika se apretó. “No me estaba ignorando,” susurró. “Estaba abrumado.” La pangolín asintió. “A menudo creemos que lo que vemos es todo el panorama. Pero cada animal tiene su propio mundo interior. No tienes que adivinar su historia. Puedes preguntar.”



...

A la mañana siguiente, Mika encontró a Kato cerca del río. Estaba solo, lanzando piedritas al agua. Se sentó a su lado en silencio. Luego, con voz suave, dijo: “Hey... ayer pensé que no querías que estuviera contigo. Pero luego miré un poco más profundo. ¿Estabas bien?” Kato parpadeó. Luego sus hombros se relajaron.



...

“Estaba... cansado,” admitió. “A veces, cuando muchos animales hablan al mismo tiempo, me siento abrumado. No quise ignorarte. Solo que no supe cómo decirlo.” Mika asintió. “Gracias por decírmelo. A veces me entusiasmo mucho, lo sé. La próxima vez, solo salúdame o hazme una seña, y te doy tu espacio.” Se quedaron allí un rato, escuchando cómo el viento movía las hojas. Se sentía bien—no arreglar algo, sino entenderlo. Entonces Kato sonrió. “¿Me muestras tu nuevo juego?”



...

Mika sonrió de oreja a oreja. “¡Por supuesto!” Y así, Mika la monita aprendió que a veces nuestros pensamientos cuentan historias que no son del todo ciertas. Y la mejor manera de entender a alguien no es adivinar—sino hacer una pausa, sentir... y preguntar. Porque lo que creemos ver es solo un reflejo. A veces, la vista más clara llega cuando volvemos a mirar—con un poco más de corazón. Esta historia está dedicada a Ria, a Mia y a todos los pequeños soñadores del mundo.



LA PEQUEÑA LLAVE

...

Antes de decidir qué pasó, pregunta. Siempre
hay otro lado del estanque.



SIEMPRE HAY OTRO LADO DEL ESTANQUE

Cuando Mika se siente herida por una amiga, un estanque-espejo mágico la ayuda a ver el otro lado de la historia. Un cuento gentil para dormir sobre la comprensión y mirar con el corazón.

Para niños que culpan rápido a un amigo — un recordatorio para preguntar antes de decidir.

Grandes lecciones. Pequeñas historias.

...

 @littlekeyuniverse  @littlekeyuniverse  lkuniverse.com

